

El terrorista dulce

Un anarquista lleva décadas emboscando con pasteles en la cara a quienes cree personajes pomposos. Marguerite Duras, Jean-Luc Godard y Nicolas Sarkozy fueron algunas de sus víctimas. ¿Es lanzar tortas a vacas sagradas tan gracioso como creemos?

*Un perfil de Inti Landauro
Ilustraciones de Sheila Alvarado*



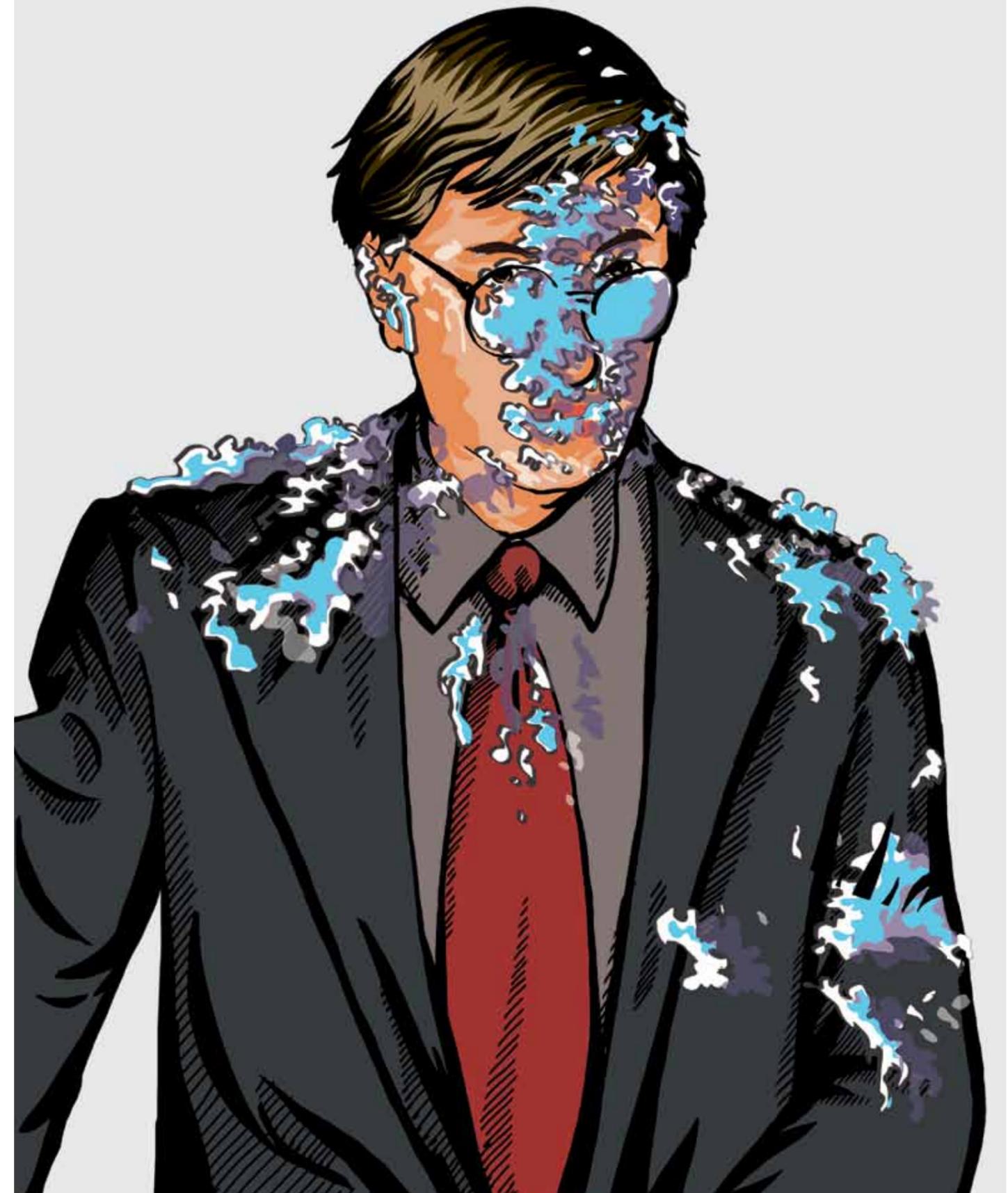
Una tarde de invierno en Bruselas, Bill Gates recibió un tortazo en la cara. Acababa de descender de una lujosa miniván para reunirse con el Ministro-Presidente Luc Vanden Brande y saludaba sonriente a las cámaras que lo esperaban. Una de ellas captó el momento en que el inventor del software más vendido de la historia retrocede desconcertado ante el sorpresivo ataque. Durante tres largos segundos, con sus famosas

gafas cubiertas de chantilly, Gates está ciego y tambaleante. En ese momento, él no podía saber que el tortazo había requerido una operación de inteligencia de más de treinta personas. Bill Gates tampoco se imaginó que detrás de ese primer pastelazo llegarían, de inmediato, dos más directos a su cara. Meses más tarde, cuando la revista *FORBES* lo nombró por quinta vez el hombre más rico del mundo, el resumen de su año decía «Inició el 98 con una torta belga en la cara» y después hablaba sobre los líos legales de Microsoft por prácticas monopólicas. Bill Gates era vulnerable: podía ser llevado a los tribunales en Estados Unidos y humillado en una calle de Bruselas. En el video del atentado vemos al inventor de Windows pasar del desconcierto al terror en menos de medio minuto. Después de encontrarnos indefensos ante una violencia inesperada, nada es más pavoroso que darse cuenta de que puede ocurrir de nuevo. ¿Por qué puede ser tan subversivo un tortazo en la cara?

Noël Godin, el hombre que orquestó el ataque a Bill Gates, inició su carrera de terrorista dulce en 1969 tirándole un pastel de crema a la novelista Marguerite Duras. Este belga sesentón, conocido también como Georges Le Gloupier o El Entortador, es un tipo que lleva más de la mitad de su vida lanzando pastelazos a figuras públicas que considera pedantes o pretenciosas. La receta detrás de sus pasteles es una herencia de la primavera del sesenta y ocho y del situacionismo, una corriente de arte militante, de happenings conceptuales que buscaban sacudir a los ciudadanos. Godin agregó a eso una pizca de Marx. Pero no de Karl sino de Groucho. En una sociedad donde la imagen es más importante que el discurso, Godin considera que debe eliminarse la pomposidad, esa distancia entre dominantes y dominados. «Con la cara llena de chantilly, la autoridad ya no provoca respeto ni miedo, sino una saludable carcajada», se ríe Godin en la mesa de su cocina una mañana de domingo. En su carrera ha entortado a personalidades para quienes la imagen es la base de su prestigio, como el cineasta Jean-Luc Godard, el coreógrafo Maurice Béjart, el filósofo Bernard-Henri Lévy, el cantante Patrick Bruel y a Nicolas Sarkozy antes de que fuera presidente de Francia.

El Entortador es un hombre alto y robusto que vive de sus ocurrencias. Tiene una mirada juguetona, largas patillas blancas y unas cejas mucho más oscuras que el resto de su cabello. Esta mañana de domingo lleva un suéter de lana naranja puesto al revés. Parece un payaso sin disfraz. Frente a una taza de café en su casa de Bruselas, Godin me dice, con el acento pausado típico del este de Bélgica, que su cruzada pastelera es parte de la búsqueda de una sociedad libertaria. A su mujer, Sylvie, le gusta mantenerse en el anonimato y se rehúsa a participar en los performances de su compañero. Este domingo que fui a visitarlo, ella no estaba. Viven en un barrio de casas que necesitan una nueva capa de pintura. Los anaqueles de su biblioteca mezclan los intereses de un profesor de filosofía y un adolescente aficionado a los cómics. El Entortador estudió Derecho, pero dejó la carrera luego de volcar pegamento sobre un profesor con cuyas ideas políticas estaba en desacuerdo. No le gustan las obligaciones, el trabajo ni la autoridad. Es un anarquista que tiene casi treinta años sin trabajar seriamente. Cuenta que una vez lo invitaron a un reality show japonés para dar clases de tiro al blanco a una chica cuyo sueño era entortar a su jefe abusivo. Con el dinero que le pagaron vivió medio año sin preocuparse. «Al final no entorté a nadie, así que no sentí que me estaba prostituyendo», recuerda Godin. El hombre tiene método y principios: no lanza pasteles por encargo, intenta que en cada atentado haya varios tortazos, y para sus ataques sólo emplea proyectiles de corteza delgada y relleno ligero para no causar daño con el impacto. «Una herida real siempre cicatriza, una herida al ego, nunca», dice El Entortador con cierta picardía. Si el blanco del ataque es el ego, las reacciones espontáneas al asalto pastelero parecen revelar nuestro verdadero carácter. En teoría, bastaría con tomar la cosa a la ligera para salir airoso, pero casi nadie atina a reírse de sí mismo con las fosas nasales rellenas de chantilly.

Es difícil simular una carcajada, sobre todo si a uno le acaban de arruinar la corbata de seda con crema batida. En cada uno de sus ataques, Georges Le Gloupier ha demostrado que la falta de humor es el verdadero enemigo de sus vícti-



mas. Para Maurice Charland, un experto en comunicación pública, el entortamiento es un ejemplo de la «retórica de la irreverencia». No es una expresión de ira ni de impaciencia. Para él, alguien como Noël Godin no es un bárbaro sino un payaso cuyo acto es planeado y consciente de las apariencias. Un lanzamiento de pastel no es un argumento, pero sí una declaración de que las víctimas se lo ganaron. Y esto —según Charland— sucede cuando la audiencia se identifica con el entortador y se ríe. Pero el éxito de las misiones de Godin no sólo se mide con las carcajadas de los testigos, sino también con las reacciones de sus blancos. Si éstos toman el ataque como una agresión y se enfadan, «es una señal de que se lo

evidencia una cara de su personalidad que a Godin le gusta mostrar. Tal vez no haya una forma más perfecta de humillar a un glamoroso hombre de ideas que provocarlo a irse a las manos como en una pelea callejera.

En Bélgica, los especialistas en «manejo de crisis» preparan estrategias para casos de «crema batida» como si fuera una amenaza normal y previsible. Tal vez exista un nicho en la industria de la planeación contra este desastre de imagen pública. El lanzamiento de proyectiles inofensivos es una forma de protesta contra los poderosos. A Nerón le lanzaron cebollas en el coliseo. Jean Chrétien fue víctima de una brigada de pasteleros anarquistas cuando era primer ministro de

«¡Levántate o te reviento el hocico con el talón!», decía el filósofo Bernard-Henri Lévy con el pelo chorreando de crema mientras golpeaba en el suelo al Entortador. Tal vez no haya forma más perfecta de humillar a un glamuroso hombre de ideas que provocarlo a irse a las manos como en una pelea callejera

merecían», dice el anarquista del pastel con el gusto de quien tiene la última palabra en una discusión. Para él, un tortazo sirve de barómetro de la naturaleza humana. «¡Levántate o te reviento el hocico con el talón!», decía Bernard-Henri Lévy con el pelo chorreando de crema, mientras golpeaba en el suelo a Noël Godin el día que este lo atacó, antes de que participara en una tertulia televisiva. Pero si la tragedia de un atentado terrorista real produce mártires y villanos, los sobrevivientes de la furia del pastel se vuelven protagonistas involuntarios de un chiste.

Bill Gates reaccionó como un ser ciego, paranoide y desconfiado de sus propios guardaespaldas que sólo querían protegerlo cuando lo tomaron de los brazos. Nicolas Sarkozy siguió caminando apresurado por un pasillo del Palacio de los Congresos de Bruselas, dejando para la historia la imagen televisiva de un autómatas refunfuñón que avanza insensible hacia la próxima cita de su agenda. Bernard-Henri Lévy se abalanzó sobre el voluminoso Godin para golpearlo, olvidando uno de los principios más antiguos de su disciplina: los argumentos tienen más fuerza que los golpes. Ese ataque le dio a El Entortador lo que buscaba y también un némesis. Bernard Henri-Lévy es un intelectual francés con estatus de rockstar, tan conocido por sus libros como por sus camisas de diseñador. Desde mediados de los ochenta, Godin ha atentado contra él otras cinco veces con el mismo resultado. En la reacción siempre violenta de Lévy se

Canadá. Arnold Schwarzenegger, en su papel de gobernador de California, fue bombardeado con huevos. George W. Bush esquivó el zapatazo de un periodista en Irak. Salir airoso de un atentado así es la graduación de un estadista.

Cuando el secretario de Inmigración belga, Melchior Wathelet, fue víctima de un crimen chantilly, sus asesores de imagen no se preocuparon. El atacante le lanzó un pastel al grito de «¡Entortemos al ministro de las deportaciones!», pero Wathelet sólo se frotó la cara, y, al ver que lo filmaban, probó la crema y sonrió. Los hombres del ministro sabían que con el aplomo y la simpatía de Wathelet el atentado dejaba de ser vergonzoso. Cuando Godin entortó a Jean-Luc Goudard, por haber hecho una película que no le gustó, el cineasta respondió que el tortazo era un homenaje al cine mudo. Schwarzenegger pidió que le dieran tocino para acompañar los huevos que le habían lanzado y Chrétien bromeó minutos después del ataque diciendo que no tenía hambre. Pero no todos son tan pacientes: el ex ministro del Interior francés, Jean-Pierre Chevènement, enjuició a Godin después de recibir en la cara una torta de piña con crema batida. Por entonces era candidato a la presidencia y acusó a Godin de haber dañado su imagen, «el principal capital del político». El veredicto de la corte daría la razón a Chevènement, lo que obligó a Godin a pagar por el daño. Sus amigos tuvieron que organizar una fiesta para ayudarlo a cancelar la multa. El ex ministro recibió dinero, pero la plata no cura las heridas

a la imagen. El Entortador usó el juicio para continuar poniéndolo en ridículo durante las audiencias, que parecían un episodio de comedia. La seriedad de los abogados de Chevènement contrastaba con la defensa de Godin, que argumentaba lo inofensivo de un proyectil de chantilly. Pero la humillación no termina cuando uno se quita la crema de encima: la imagen de un entortado encolerizado queda grabada para siempre en la infame historia del bochorno público.

Dedicarse al oficio de burlarse públicamente de otros es peligroso en ciertos lugares. Jaime Garzón, un popular comediante político, murió asesinado en Colombia luego de ganarse la enemistad de grupos paramilitares. Noël Godin es un terrorista cuyas armas podrían hacerlo pasar por cómico. Vive en un país que le ha permitido seguir perfeccionando su rutina de pastelazos. En Bélgica, la guerra civil se pelea en cámara lenta y sin ningún disparo. Desde hace décadas sus dos grupos étnicos (flamencos y valones) amenazan con separarse, enfrascados en un proceso de divorcio sin fin. Pero a pesar de la antigua rivalidad, todo transcurre allí de manera apacible: los belgas son tolerantes con la libertad de los inconformistas como Godin. Allí debutó Georges Le Gloupier, el álgter ego que Godin creó junto a un cómplice. El personaje era un crítico de cine que escribía reseñas feroces y entrevistas ficticias en una revista de cine de la Liga Católica Belga. En una de sus columnas, Le Gloupier contaba que la escritora Marguerite Duras le había lanzado un pastel a la cara. Al poco tiempo, Duras visitó Bélgica para asistir a un festival. Godin y su amigo vieron la oportunidad de mezclar realidad y ficción. La autora era un blanco perfecto, recuerda El Entortador con chispas en los ojos. En aquella época, Duras se ganaba el reconocimiento de la crítica y los intelectuales por sus obras vanguardistas, que a Godin le parecían huecas. Admite, con el cuello en V de su suéter en la nuca, que todavía hoy los libros de Duras le aburren y sus películas le fastidian. La atención que recibió tal vez le haya hecho pensar que podía hacer de la torta una carrera a la cual podía dedicarse.

Cuando se organizó en París «La primavera de la irreverencia», un festival cultural sobre Bélgica, Godin estuvo allí. Habían pasado cuatro décadas desde aquel día en que atrajo el interés de la prensa entortando a Marguerite Duras. Esta vez Godin no planeaba un atentado. Presentó un video sobre su trayectoria ante un público entusiasmado. El Entortador lucía contento y saludaba con efusividad a todo el mundo. Invitaba

cerveza belga en los camerinos sirviéndola en vasitos descartables. Estaba junto con sus camaradas subversivos, otros agitadores de tiempo completo. Uno de ellos, Jean Bucquoy, es conocido por organizar cada año un intento de golpe de estado en Bélgica. Como si fuera un desfile, él y un puñado de sus amigos marchan hasta el palacio del rey portando una bandera negra con la imagen de un plátano amarillo. Tienen una agenda inverosímil, una mezcla de política y performance en que proponen sortear los cargos públicos y los activos del gobierno, y abolir la recaudación de impuestos. El acto de Bucquoy termina cuando la policía se ve forzada a detenerlo por acercarse a la reja del palacio con voluntad de entrar. Entonces los detienen y los encierran unas horas en la comisaría.

A Godin le parece gracioso que las autoridades holandesas no entiendan la diferencia entre el terrorismo dulce y el terrorismo real. Pim Fortuyn, un popular político homosexual de la extrema derecha holandesa, fue víctima de un ataque pastelero cinco semanas antes de ser asesinado en 2002. Las activistas holandesas que lo entortaron —si bien no tuvieron nada que ver con su muerte— fueron detenidas por el pastelazo sólo cuando se investigaba el homicidio. La violencia del acto sólo fue evidente cuando era demasiado tarde. Tres años después, cuando hubo una ola de tortazos a líderes de derecha en Estados Unidos, un editorial del WASHINGTON TIMES recordaría el caso de Fortuyn. Decía que los medios holandeses habían subestimado el ataque del pastel al considerarlo sólo como una broma y advertían que «una vez que la violencia, sin importar cuán inofensiva parezca, es aceptada como un medio apropiado de protesta, tiende a escalar». Unas cuantas veces, el público ha escuchado al Godin subversivo. Y, de acuerdo con el relato del diario francés LIBERATION fue incómodo. Sucedió cuando Godin visitó el programa televisivo de un crítico al que había entortado, y el encuentro no resultó en la reconciliación esperada. Los televidentes vieron a un Godin cínico que se esforzaba en seguir ridiculizando al periodista. Los pasteles de Le Gloupier son un «arma enternecedora que disimula una violencia fundamental, destruyendo lo que la gente tiene de más frágil y crucial: su imagen», dijo el diario aquella vez. El Entortador confirma esta apreciación: «Nuestra violencia es real pero simbólica. Hacemos mucho daño a los entortados, pero en su autoestima. Es terrorismo real, pero burlesco», me dice Godin. Tal vez por eso este aficionado al cine se compara más con la famosa banda terrorista alemana Baader-Meinhof que con El Gordo y El Flaco. Sentado en la mesa de su cocina, dice que sus métodos de planeación son similares a los de ese grupo armado mientras ofrece cubitos de azúcar rubia para el café.



Noël Godin predica la generalización de la guerrilla chantilly tanto en los bares donde se reúne a beber cerveza con sus secuaces como en las ferias donde presenta sus libros. Recomienda el uso del postre contra el jefe de recursos humanos, el capataz, el profesor cruel, la funcionaria abusiva o el policía obtuso. «Es como terapia, la gente está acostumbrada a vivir como fideos: resignada. Con un tortazo, recuperan su orgullo», dice Godin, y se acomoda con los dedos su desordenado cabello blanco. Cree que siempre hay alguien dispuesto a unirse a su causa. El ataque a Bill Gates fue posible gracias a un ejecutivo de Microsoft Bélgica que proporcionó la información y accesos necesarios.

dos unos parámetros para no parecerse a sus víctimas. Siempre es amable y gentil con todo el mundo. Se queja de que nadie le haya devuelto el tortazo todavía. Una vez lo invitaron a un programa de variedades en Francia y lo entortaron. Godin se sumó al chiste y trató de abrazar a Daniela Lumbroso, la animadora, para dejarle crema en los senos. En la portada de uno de sus libros aparece cubierto de chantilly con un gesto entre travieso y siniestro. En un episodio de LOS SIMPSON, Krusty el payaso explica que un pastelazo sólo es gracioso si la víctima tiene algo de dignidad. Pero después de ver la escena del ataque a Gates, la de Godin recibiendo su merecido no tiene tanta gracia. Es como ver la película de la PANTERA ROSA con Steve Martin luego

*Para algunos terroristas del postre, un tortazo es una gran forma de igualar a las personas.
Es un acto violento que no es irreparable pero que también hiere.
Noël Godin piensa que el ridículo es la muerte del ego*

El misterioso empleado, quien según Godin sigue trabajando para Microsoft, se le acercó y le dijo: «Sr. Godin, no comparto sus ideas, pero creo que Bill Gates merece una lección». En realidad, las operaciones de comando de Godin muchas veces dependieron de la ayuda de un guardia de seguridad o de una señora de limpieza para tener éxito. En el caso de Bill Gates, la misión casi fracasa cuando Godin y sus secuaces se perdieron la llegada del millonario por estar tomando cerveza en una cafetería cercana.

En sus primeros comunicados, Godin hablaba de una ficticia Internacional Pastelera. En los últimos años, su grupo de seguidores ha crecido y ahora distintos grupos de izquierda con cierto espíritu anarquista utilizan su método de terror. Hoy hay entortadores en Australia, Canadá, Filipinas y Holanda. En Estados Unidos existe la BIOTIC BAKING BRIGADE, que ataca a los «tecnócratas que dominan la sociedad industrial». Este es el grupo responsable del ataque al economista Milton Friedman en 2003. En Estados Unidos, los miembros de este movimiento se conocen como sucesores de los yippies, activistas urbanos con un alto sentido de la teatralidad que —como El Entortador— intentan hacer justicia a través de una violencia que no es irreparable como el terrorismo convencional, pero que también hiere. Para una de sus líderes, la torta es una gran forma de igualar a las personas, pues demuestra que no hay que venerar a los más poderosos. Godin piensa que el ridículo es la muerte del ego.

Noël Godin se jacta de que lo han entortado varias veces y que él siempre lo toma con buen humor. Dice tener estableci-

de haber visto la versión con Peter Sellers. Y si Godin ha sido entortado, ¿no es esto una señal de que, aunque se ría, también se ha convertido en un personaje reprochable?

A veces parece que Godin se hubiese vuelto parte de la sociedad del espectáculo que critica, que la puesta en escena de sus ataques lo ha convertido en personaje del establishment que cuestiona. La línea que ha trazado entre lo que acepta hacer respecto a la fama y lo que no, parece tenue. Escribe y publica libros que después firma para sus fans: ANTOLOGÍA DE LA SUBERSIÓN, GODIN POR GODIN y ¡ENTORTEMOS, ENTORTEMOS A LOS POMPOSOS TARADOS! Se hizo arrestar en Bruselas cuando llevaba una caja de pastel vacía cerca del lugar donde estaba Bill Gates cuando este volvió a Bélgica. Protagonizó un par de películas tituladas LA VIDA SEXUAL DE LOS BELGAS I y II. Dicta conferencias sobre su doctrina. Recibe aplausos en Francia cuando muestra videos de sus ataques a Bernard-Henri Lévy (y le piden encore). Jean-Luc Godard, después de ser entortado en Cannes, llama a los organizadores para pedirles que le restituyan su pase de prensa del festival. Le ofrecen dinero por entortar a Sharon Stone (pero se niega porque ella ha hecho una buena película). Sus amigos le cuentan que Lévy cancela sus citas si sospecha que Le Gloupier va a aparecerse a entortarlo. Actuó en un filme protagonizado por Catherine Deneuve interpretándose a sí mismo. Algunas veces tiene que enviar a otros a sus misiones porque su rostro ya es demasiado conocido. Puede ser que el payaso irreverente por fin sea parte de la gran feria de las vanidades que busca derribar a pastelazos. ♦